

Lo político de *El nacimiento de la tragedia* y *La genealogía de la moral* de Nietzsche

Political aspects of Nietzsche's "The birth of tragedy"
and "The genealogy of morals"

A política de "*O nascimento da tragédia*" e
"*A genealogia da moral* de Nietzsche"

Reinaldo Giraldo Díaz

Docente Asistente Universidad Nacional Abierta y a Distancia-UNAD. Ingeniero Agrónomo y Estudiante Doctorado en Agroecología de la Universidad Nacional de Colombia-Sede Palmira. Magister en Filosofía Universidad del Valle. Doctor en Filosofía Universidad de Antioquia

Fecha de recepción: 1 de octubre de 2012

Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2012

¿Qué es lo que hoy produce nuestra *aversión contra «el hombre»*? -pues nosotros sufrimos *por el hombre, no hay duda. -No es el temor; sino, más bien, el que ya nada tengamos que temer en el hombre; el que el gusano «hombre» ocupe el primer plano y pulule en él; el que el «hombre manso», el incurablemente mediocre y desagradable haya aprendido a sentirse a sí mismo como la meta y la cumbre, como el sentido de la historia, como «hombre superior»: -más aún, el que tenga cierto derecho a sentirse así, en la medida en que se siente distanciado de la muchedumbre de los mal constituidos, enfermizos, cansados, agotados, y, por tanto, como algo al menos todavía capaz de vivir, como algo que al menos dice sí a la vida...*

FRIEDRICH NIETZSCHE, *La genealogía de la moral*.

No es indigno de los más grandes héroes desear la vida, aun cuando el precio fuere la esclavitud. Bajo la influencia apolínea la «voluntad» desea tan violentamente esta existencia, el hombre homérico se identifica tan completamente con ella, que su queja misma se transforma en un himno a la vida.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *El nacimiento de la tragedia*.

Resumen

En este artículo se relia el aspecto político de las obras de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* y *La genealogía de la moral*, pues, a pesar de lo que muchos investigadores desean, el pensamiento de Nietzsche, su filosofía, no se encuentran al margen de los problemas sociales y políticos. Esto no significa que el horizonte de esta interpretación esté reducido al dominio de la teoría política, sino, más bien, que lo importante es destacar la dimensión política del discurso nietzscheano.

Palabras clave

Política, arte, tragedia, Nietzsche.

Abstract

This article emphasizes the political aspects of Nietzsche's works, "*The birth of tragedy*" and "*The genealogy of morals*," because, despite the desires of a large number of researchers, his thinking and his philosophy are not apart from social and political problems. This does not mean, however, that the scope of this interpretation is limited to the domain of political theory, but rather that what is essential is to point out the political dimension of Nietzschean discourse.

Key words

Politics, art, tragedy, Nietzsche.

Resumo

Nesse artigo se destaca o aspecto político das obras de Nietzsche, *O nascimento da tragédia e A genealogia da moral*, pois apesar daquilo que muitos pesquisadores pretendem, o pensamento de Nietzsche e sua filosofia não se encontram à margem dos problemas sociais e políticos. Isso não significa que o horizonte desta interpretação seja reduzido ao domínio da teoria política, mas, em vez disso, que o importante é destacar a dimensão política do discurso nietzschiano.

Palabras chave

Política, arte, tragédia, Nietzsche.

Introducción

El artículo aborda la cuestión política de las obras de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* y *La genealogía de la moral*, deteniéndose en la cuestión del consuelo metafísico en *El nacimiento de la tragedia*, donde el filósofo alemán elabora una metafísica del arte, en la que se concibe la naturaleza como creación y destrucción y asume que parte del placer trágico está contenido dentro del consuelo metafísico, es decir, arte y vida se encuentran en la síntesis trágica, pues, para Nietzsche sólo como fenómeno estético están eternamente justificados la existencia y el mundo, como unidad de dolor y gozo, como camino de afirmación, de aprobación inmanente; el mundo como fenómeno estético-vital, sin fundamento, inmerso en un devenir carente de sentido y sin metas.

Desarrollo

Para el pensador alemán, el arte es afirmación de la apariencia como única realidad y como voluntad dionisiaca de apariencia consciente de su propia gratuidad, que entra en consonancia con la vida, como estimulante e instrumento de transmutación de los

valores (Nietzsche, 1985): sobre la base del derrumbe de este mundo de apariencia el arte afirma la hendidura trágica para afirmar la existencia, diciendo sí a este único mundo y a la vida, un sí sin reservas, rebosante, arrogante y vital, destructor de todo pensamiento hostil de la vida (Rodríguez, 1992).

El arte obra dentro de la naturaleza, presta una imagen para interpretar el mundo. La naturaleza es el gran artista. De ahí que Nietzsche (1985) examine el arte desde la vida. Solo el arte puede justificar la existencia del mal. Únicamente como fenómeno estético se puede justificar la existencia del mal. Únicamente como fenómeno estético se puede justificar la existencia, es decir, como problemática y dolorosa. Por eso, la vida misma debe convertirse en obra de arte, pues, arte y vida se encuentran en la síntesis trágica (Nietzsche, 1985). Se debe hacer una estética de la existencia y configurar artísticamente la propia existencia. Sin el arte, el hombre no puede producir mentiras y sucumbe ante un mundo que le es adverso, que es inestable y se encuentra en constante devenir. Para vivir es necesario mentir, engañarse. Para vivir se necesita de la mentira y del error, lo cual significa que el placer trágico está dentro del consuelo metafísico: arte y horror, éxtasis y horror, vida y horror como parte de una misma experiencia estética (Nietzsche, 1985).

Es por eso que se considera que la tragedia griega es el arte por excelencia, porque incluye lo feo y está por encima de las demás artes. La tragedia griega es la obra de arte total, que incluye todas las artes. El arte es un estimulante para la vida. La verdad es una ilusión, es el mayor estimulante de la vida: el consuelo metafísico busca consolar de la muerte, es un consuelo al que no le basta la eternidad, excepto la del movimiento (Nietzsche, 1985). La tragedia griega no es pesimista, pues, el arte dionisiaco tiene su propia forma de elaborar lo horroroso: lo dionisiaco corresponde a un grado de elevación de las fuerzas de la vida, al éxtasis de la experiencia estética vital. Lo que Nietzsche llama Dionisios es el conjunto de fuerzas que sostienen la experiencia del arte griego, del placer al dolor: la evolución progresiva del arte es el resultado del espíritu de Apolo y del espíritu dionisiaco.

El arte es un antídoto contra la moral que sacrifica esta vida por la promesa de un paraíso ultramundano: el arte es el gran estimulante para vivir, y la vida da lugar a lo feo, lo duro y lo cuestionable. Por ello, en el pensamiento de Nietzsche no sólo se trata de cuestiones puramente epistemológicas, éticas, teológicas o literarias, al margen de los problemas políticos y sociales que presenta la civilización contemporánea; tales problemas se encuentran indisolublemente ligados a una perspectiva política y estética (Toro, 2000).

Nietzsche (1985) ofrece en *El nacimiento de la tragedia* una comprensión del instinto artístico dionisiaco en los griegos y presenta la primera psicología del mismo, como la raíz única de todo el arte griego. Para él, el arte es un mago que salva y cura. Sin el arte el hombre no puede crear, sin arte no hay creación de mentiras, de ilusiones, de todo aquello que hace posible afirmar la vida, desejarla.

No es indigno de los más grandes héroes desear la vida, aun cuando el precio fuere la esclavitud. Bajo la influencia apolínea la «voluntad desea» tan violentamente esta existencia y el hombre homérico se identifica tan

completamente con ella, que su queja misma se transforma en un himno a la vida. (Nietzsche, 1985, p. 493).

Por arte debe entenderse, entonces, creación. Pero crear es doloroso, es un camino solitario. He aquí lo que produce el placer apolíneo en lo trágico, pues, lo apolíneo permite soportar el horror, que la realidad no sea la realidad sino un juego de apariencias; lo bello, en este sentido sólo tiene su máxima intensificación en oposición con lo horrendo, con la verdad (Nietzsche, 1985). La existencia de Apolo, como divinidad ética, exige el conocimiento de sí mismo, y por tanto, convertir la propia vida en obra de arte, en hacer de la vida una auténtica obra de arte, una estética de la existencia. El arte es un estimulante para la vida, *la crucial finalidad de la actividad artística es garantizar la conservación de la vida, cuando menos, y conducir al hombre, en el mejor de los casos, a la más enfática afirmación de la misma* (Meléndez, 1996, p. 59).

El hecho fundamental del arte es su poder redentor frente al pesimismo de la existencia. La existencia entera de Apolo, con toda su belleza y su medida, reposa sobre el abismo oculto del mal y del conocimiento, y el espíritu dionisiaco le muestra el fondo, el abismo. Tanto el instinto apolíneo como el dionisiaco se ayudan mutuamente y se manifiestan sucesivamente por creaciones siempre nuevas. En su encuentro, su unión misteriosa en medio de luchas constantes y por aproximaciones simplemente periódicas, engendran la obra de arte.

La bella apariencia oculta el horizonte oscuro y horrendo de la existencia. Así lo expresa Nietzsche al referirse a un cuadro casi simbólico de Rafael, su *Transfiguración*. En la parte inferior del cuadro, nos dice Nietzsche, *«con el niño poseído por los demonios, con los que le llevan desesperados, con los discípulos helados de espanto, nos muestra el espectáculo del eterno dolor primigenio, principio único del mundo»* (Nietzsche, 1985, p. 496).

De esta apariencia, según Nietzsche, se eleva entonces, como un aroma de ambrosía, un mundo nuevo de apariencia, una visión imperceptible a los que están prisioneros en la apariencia primera: *«una visión deslumbrante del éxtasis más puro en la beatitud contemplativa de la mirada vidente. Aquí tenemos, ante los ojos, el mundo de belleza apolínea y el abismo que encubre la desoladora sabiduría de Sileno, y notamos, por intuición, su necesidad recíproca»* (Nietzsche, 1985, p. 496).

Apolo aparece como la imagen divina, que nos hace ver el mundo del sufrimiento, de lo horrendo, de la horrible verdad, de la inmodificable verdad acerca del mundo, es decir, la desengañada voluntad de negación de la vida, como necesaria para que nos atrevamos a la creación de la visión libertadora y afirmativa de la existencia; *«con gestos sublimes nos hace ver que el mundo del sufrimiento es necesario para que él, el individuo, se lance a la creación de la visión libertadora, y entonces, abismado en la contemplación de esta visión, permanezca en calma y lleno de seguridad en su frágil embarcación, golpeada por los embates de las olas de alta mar»* (Nietzsche, 1985, p. 496).

El instinto dionisiaco helénico es *voluntad de vida*. Con el símbolo dionisiaco se alcanza el límite extremo de la afirmación, la vida como voluntad de potencia. Lo dionisiaco es el paso para lograr esa visión y comprensión trágicas de la vida. Es la fórmula de la

afirmación suprema, que nace de la abundancia, de la sobreabundancia de la vida, es un decir sí sin reservas aun al sufrimiento; el dolor no es sino un estimulante de este sentimiento de vida y de fuerza. Es un decir sí, voluntad ilimitada de afirmación, aun a todo lo problemático y extraño de la existencia.

En el caso específico del Estado, por ejemplo, además de las menciones críticas de Nietzsche contra éste, la propuesta de invertir los valores desemboca en una perspectiva crítica que se desprende de la crítica a la razón occidental y a la identidad que se establece entre Estado y Razón (Toro, 2000, p. 22). La lucha contra el Estado es simultáneamente el combate contra la cultura. Y la cultura y la civilización suponen el Estado.

Una forma de ver esta cuestión es desde un desgarramiento trágico entre las nociones de apolíneo y dionisiaco. Dionisios, el dios encarnado por Nietzsche, es la consideración de la vida por sí misma. Lo dionisiaco corresponde a un grado de elevación de las fuerzas de la vida, al éxtasis de la experiencia estética vital; construye el azar, el instante, lo intempestivo, lo fugaz; desenmascara toda representación histórica como falsa, toda interpretación verdadera; hace estallar las falsas unidades, como la de la religión, la de la historia, la de la ciencia, la de la filosofía, la de la identidad y, además, con todas ellas, la unidad de la conciencia que es el correlato de la unidad de Dios.

Así, en *La genealogía de la moral* Nietzsche considera necesario plantearse la moral como problema. Los filósofos siempre han querido fundamentarla, pero Nietzsche no; él no, lo que quiere es criticarla, Nietzsche no acepta el imperativo de una moral determinada, una realidad de hecho, una creencia que no es lícito cuestionar o problematizar. Nietzsche lo que pone en cuestión son los valores hasta su época aceptados y no discutidos. En *La genealogía de la moral* Nietzsche se ocupa del valor de la moral, es decir, qué valor tienen, ellos mismos, los juicios de valor que son las palabras bueno y malvado (Nietzsche, 1972).

Nietzsche considera que los instintos de compasión, autonegación y autosacrificio, cuando se convierten en los *valores en sí* fundamentan la negación de la vida y de sí mismo, esto es, la voluntad volviéndose *contra* la vida. En estos valores Nietzsche (1972) ve el gran peligro de la humanidad, *su más sublime tentación y seducción*, la última enfermedad anunciándose de manera delicada y melancólica, ganando terreno, atacando y dejando enfermos, incluso a los filósofos. Para abordar este problema del valor de la compasión y de la moral de la compasión Nietzsche lo sitúa desde la necesidad de una *crítica* de los valores morales, de *poner en entredicho el valor mismo de esos valores* (Nietzsche, 1972, p. 18).

Esta *nueva exigencia* implica conocer las condiciones y circunstancias en que surgieron, se desarrollaron y modificaron tales valores morales, es decir, la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como veneno. De lo que se trata, entonces, es de percibir los accidentes, las desviaciones ínfimas, los errores, los fallos de apreciación, los malos cálculos que han producido aquello que existe y es *válido* para nosotros; es descubrir que en la raíz de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino la exterioridad del accidente (Nietzsche, 1972, p. 17).

Por eso, para Nietzsche (1972) todo origen de la moral, desde el momento en que no es venerable, se convierte en crítica. Lo que hace Nietzsche es abrir la perspectiva de la duda, deja de tomar el valor de esos *valores* como lo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda. Si se abre la perspectiva de la duda, de que la moral es el peligro de los peligros y no permite alcanzar al hombre *una potencialidad y una magnificencia sumas*, se proporciona una mirada imparcial y una dirección hacia la efectiva *historia de la moral*, para hacer de la vida moral parte de la comedia y descubrir un nuevo enredo y una nueva posibilidad para el drama dionisiaco del *destino del alma*.

In-Conclusión

Para Nietzsche la tragedia griega no es pesimista; la moral cristiana es la que interpreta lo trágico como una negación de la vida, en función de un ultramundo. La tragedia es la afirmación presente, arrogante y extrema de la existencia y de la vida (Rodríguez, 1992). La tragedia es comprendida por Nietzsche como fuerzas encontradas, *lo apolíneo* y *lo dionisiaco* (Nietzsche, 1972, 1985). Este encuentro no es un enfrentamiento a muerte entre dos fuerzas, contrarias y excluyentes la una en relación con la otra, sino que cada una mantiene su autonomía para permitir la pluralidad y la afirmación de la vida (Nietzsche, 1985). Lo trágico acepta el presente, lo feo, lo horrendo que comporta la violencia, el crimen y la maldad.

Dionisios es el conjunto de fuerzas que sostienen la experiencia nietzscheana del arte griego (Nietzsche, 1985). En Nietzsche lo dionisiaco resalta y eleva las fuerzas de la vida, es la potencia de los instintos. La intención de Nietzsche es una actitud, una emoción con su correspondiente intensidad, valorativa. El problema consiste en definir una perspectiva valoradora y jerarquizadora de la existencia, en hacer de lo dionisiaco una afirmación trágica de la vida y del mundo. En esta empresa de pensar las relaciones entre fuerzas y afecciones, la consideración moral no es un buen punto de partida.

Dionisios, en nombre de la experiencia estética vital, opaca la moral cristiana basada en la culpa, es decir, en la negación de la vida y de sí mismo como condición de posibilidad para sobrellevar la existencia (Nietzsche, 1972; Rodríguez, 1992). Dionisios construye su propia visión de la historia –el sentido histórico del que nos habla Nietzsche en *La genealogía de la moral*–, construye lo intempestivo, lo fugaz, desenmascara toda representación histórica como falsa y se descontamina del lenguaje cristiano de la salvación, de la previsión del futuro.

Al contrario del mundo cristiano, tejido universalmente por la araña divina, en el mundo de la que Nietzsche llama *historia efectiva* no hay ni providencia ni causa final. El verdadero *sentido histórico* reconoce que vivimos, sin referencias ni coordenadas originarias, en miríadas de sucesos perdidos, en lo horrendo y trágico de la existencia.

Bibliografía

1. Meléndez, G. (1996). “El nacimiento de la tragedia como introducción a la filosofía posterior de Nietzsche”. En: *Ideas y valores*, No 102, diciembre, 54/73.
2. Nietzsche, F. (1985). “El origen de la tragedia”. En: *Obras inmortales*. (1ª ed., trad. E. Eidelstein, M. A. Garrido y Carlos Palazón). Barcelona: Teorema.
3. Nietzsche, F (1972) *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. (1ª ed., trad. A. Sánchez Pascual). Madrid: Alianza.
4. Rodríguez, A. (1992). *Deseo, voluntad de potencia y vida*. Santiago de Cali: Universidad del Valle (Colección previa).
5. Toro, J. (2000). *Nietzsche, el Estado y la guerra*. Santafé de Bogotá: Carpe Diem, 2000.